

COSTUMBRES DE LA VILLA

CORPUS CHRISTI MADRILEÑO

HE dicho recientemente que no es tarea fácil la de escribir un artículo acerca de la fiesta del Corpus en Madrid, cuando cada año ha de abordarse el viejo y entrañable tema. ¿Quién puede ya encontrarle matices inéditos? Habrá que apelar, según es uso, a las estrofas burlescas de Vargas:

Como tomastes, Aldonza,
de la Tarasca modelo,
por eso llevas el pelo
con trenzas de jerigónza,

respetando esa licencia poética del «tomastes», a la que obliga la fuerza del octosílabo. Y, si aspiramos a remachar el clavo de la cultura facilona, siempre vendrá a punto la copla de los Carabancheles, mil veces escuchada en zarzuelas y sainetes y hasta en alguna

ópera, como «El Avapiés», y otras tantas leída en las páginas de los mejores costumbristas.

Si vas a los Madriles,
Día del Señor,
tráeme de la Tarasca
la moda mejor...

La gente de mi tiempo no llegó a conocer la Tarasca, espanto de viejas y rapaces, ni las Tarasquillas, que eran las que en realidad lucían vestidos, adornos y peinados en los que rivalizaban los mejores sastres, modistas, peluqueros y joyeladores de la villa, lanzando así los dechados que luego aceptarían con el mayor entusiasmo petimetras y lechuguinas. Esos datos se los debemos a Zabaleta, el insigne maestro del siglo XVII, y, más adelante, a don Ramón de la Cruz y a Mesonero Romanos. La verdad es que nosotros ni siquiera pudimos solazarnos con las audacias del Mojigón, cubierto de botargas bajo la túnica de abigarrados colorines. Aquel bigardo no tenía otra misión que la de zurrar a los muchachos y a los papanatas, golpeándoles con las hinchadas vejigas pendientes de un largo palo. También se colgaban en la pértiga algunos higos secos, para que los muy diestros los atrapasen con la boca, y de ese modo nació el castizo «¡Al higuil!», trasladado más tarde al holgorio de las Carnestolendas.

Gracias a tales recuerdos saldríamos de nuestro apuro y nos sería más cómodo llegar a los comienzos de esta centuria. No perdió el Corpus Christi su magnificencia, su esplendor litúrgico, ni la pompa del cortejo que acompañaba al Santísimo Sacramento entre cánticos de alabanza, nubes de incienso y lluvia de flores o de policromas aleluyas con la Vida del Hombre Flaco y las Aventuras de Don Perlímpim. Rendíase la muchedumbre ante el milagro de Dios vivo en el Pan sagrado y purísimo. Admirábamos la riqueza de los ornamentos sacerdotales y la maravilla de orfebrería que labró en 1568 Francisco Alvarez, el platero de Isabel de Valois, tercera mujer del Rey Felipe II. Nos placían las ordenadas hileras de los devotos, y la gracia de unos querubines con sus alas de tul, o de un San Juanín con el pelo rizado y el niveo pellico de cordero, o de un San Miguelito que llevaba en alto la espada flamígera, amenazando a un dragón invisible. Y, para final, venía el bizarro desfile de la tropa, entre un estridor de metales que relucían como el oro y poblaban el aire de notas vibrantes y alegres.

El gentío iba esparciéndose por las calles céntricas. Era muy típico el paseo por la de Carretas, y en Pombo se hacía gran consumo de copetudos sorbetes de mantecado, de fresa y de arroz, de leche mengada servida en anchos vasos y olorosa a canela,

y de barquillos rellenos con el remate de guindas en almíbar, o con un peluquín de huevo hilado. Mientras la mesocracia se regodeaba en la botillería, las damas elegantes se reunían en el saloncillo del café Suizo para tomar allí quesitos helados y pasteles de almendra. Y con esto se acababan los detalles del Corpus bullicioso y popular, que fué desvaneciéndose poco o poco. Ya no hay Tarasquillas que lancen la moda nueva, y los Mojigones fueron sustituidos en ferias y verbenas por los no menos risibles cabezudos. Ni existen Pombo y el Suizo, ni los sorbetes cuestan los dos reales que valían en las pasadas épocas. Por todo ello, la fiesta ha perdido en las grandes ciudades el carácter, acaso un poco chocarrero, aunque regocijado e ingenuo, que tuvo hasta los primeros años del siglo...

Y, sin embargo, Madrid no renuncia a sus costumbres. A un cronista de hoy no le será difícil hallar temas para regocijados sainetes durante la solemne jornada eucarística. Le bastará trasladarse a la Plaza Mayor, invadida por la multitud que aguarda el paso de la procesión. Y, si tiene desparpajo, ya encontrará acomodo en alguna de las casas cuyos balcones se abren sobre la amplia explanada. Por ejemplo: en la del amable don Cándido y su esposa, doña Inocencia. ¿Qué les importa una visita más, si asaltaron su vivienda numerosos amigos que desean presenciar el festejo, libres de aperturas y empellones? El intruso tendrá buena acogida, y de él depende tomar buenos apuntes, como lo hizo el abajo firmante:

DOÑA HILARIA.—Usted dirá que es un abuso, don Cándido; pero... ¿quién privaba a mis cinco niñas de un espectáculo tan hermoso? Y al pequeñín, no digamos... A ése tengo que llevarle cosido a las faldas.

DON CÁNDIDO.—¡Pues no faltaba más! Honradísimos nosotros al verlas por aquí.

DOÑA INOCENCIA.—Como tú eres de confianza, Romualdina, te diré que estoy destrozada. Figúrate: con una chica para todo tuve que limpiar ocho habitaciones.

ROMUALDINA.—¡Y pobre de ti si no lo hubieras hecho! Esta pandilla de gorriones goza fijándose en los defectos, para pregonarlos por ahí.

DOÑA INOCENCIA.—¿Qué vas a contarme, si la padecemos siempre que ocurre algo en la plaza? Por Semana Santa, por San Isidro, en las verbenas, en la feria del turrón y el cascajo de diciembre...

ROMUALDINA.—Y, encima, los convidaréis...

DOÑA INOCENCIA.—¡Vaya!... Más de treinta du-

ros me cuestan hoy las pastas y el vino de moscatel. Para que luego nos despellejen y nos llamen tacaños...

DOÑA HILARIA.—Nenas, salid al balcón, porque se acerca la hora. Que te hagan hueco las de Madrúñez, Maruchi.

UNA DE LAS DE MADRÚÑEZ.—Con mucho gusto, ya lo creo...

DOÑA HILARIA.—Lula y Pilín caben en ese rinconcito. Si Truchal se estrecha un poco...

TRUCHAL.—¡Quiá! Más ancho me pondré junto a unas muchachas tan guapas.

DOÑA HILARIA.—¡Mire qué galante!... Paquirri y Tinita están ya colocadas.

DON CÁNDIDO.—¿Lo dice usted por esos dos pollos?

DOÑA HILARIA.—¡Hay, no! Tonteán, las acompañan a las visitas, van al cine... Pero no dan un paño más... ¿Dónde vas tú, Atanagildito?

ATANAGILDITO.—Adentro, que hay bollos...

DOÑA HILARIA.—¡Quédate conmigo! ¡Jesús, que sofoco de criatura!

DON CÁNDIDO.—¡Quite! Si es lo natural...

ROMUALDINA.—Ellos, lo que ven en casa...

DON CÁNDIDO.—Oye, Inocencia: que le den unos bollitos al niño de doña Hilaria.

DOÑA HILARIA.—¡Deje!... Si ya está en el balcón, tan distraído...

DOÑA INOCENCIA.—No importa... Anda, precioso, ven al comedor.

ATANAGILDITO.—Pero abajo venden horchata. ¡Yo quiero horchata, mami!

DOÑA HILARIA.—¿No estabas pidiendo bollos, condenación?

ATANAGILDITO.—¡Y horchata, eso es! ¡Que suban horchata! ¡Y barquillos!

DOÑA INOCENCIA.—¡Pues claro, rico mío! ¿Has oído, Cándido?

DON CÁNDIDO.—Sí, hija, sí. Que la suban... ¿Cuántos somos?

DOÑA INOCENCIA.—Las tres de Madrúñez, los de Truchal con sus cuatro hijos, doña Hilaria, las cinco niñas, el pequeño, los dos pollos, Romualdina y nosotros...

DON CÁNDIDO.—¡Veintiuno! Que traigan para veinticinco, por si Atanagildito quiere repetir. Ahí van cien pesetas, y ya me darás lo que sobre.

DOÑA INOCENCIA.—Me parece que no sobrá nada.

DOÑA HILARIA.—No hay niño más consentido que éste... Y como ustedes son tan espléndidos y le dan todo lo que pide...

DON CÁNDIDO.—¡Si el pobrecillo está en la edad!

PAQUIRRI.—¡Ya viene, ya viene!... ¡A cérguese, doña Inocencia!

DOÑA INOCENCIA.—Ahora mismo. En cuanto sirva la horchata en los vasos y prepare unas golosinas.

UNA DE LAS DE MADRÚÑEZ.—¿Han traído horchata? ¡Qué bien!

(Desbandada general hacia el comedor, en busca del refresco, el vinito y los dulces. Los balcones quedan vacíos, mientras desfila por la plaza el pomposo cortejo y la muchedumbre se prosterna ante el Sacramento que resplandece en la Custodia.)

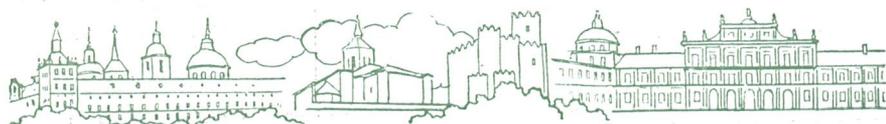
DON CÁNDIDO.—¡Y dijeron que sólo querían ver la procesión!...

¡Ay, sencillo y bondadoso don Cándido! La procesión es digna de verse, y conserva la grandeza que merece el homenaje a Jesús Sacramentado; pero su aroma popular, su gracia picante y desenvuelta, han de buscarse en casas como la de usted, que tiene los balcones a la disposición de los amigos. El pueblo no interviene ya en la solemnidad del Corpus Christi, sino a título de espectador... o de visitante aprovechado.

Me refiero, como es natural, a Madrid. Ignoro si en Barcelona ocurrirá lo mismo. En Valencia, creo que subsisten las «roques» o carros triunfales, de tanto arraigo en la ciudad. En Sevilla, las danzas y las coplas de los seises de la catedral mantienen fragante y dulce el fervor infantil, acaso el más grato al Padre. En Granada y en Toledo se celebra con todo su jubiloso aparato el bellissimo Día del Señor. Y en las capitales pequeñas, en las poblaciones modestas, en los villorrios y en las aldeas, la jornada sigue siendo estruendosa y risueña, con fragor de campanas al vuelo, estallar de cohetes, alfombras de juncia y toldos en las calles y toretes o vaquillas a la tardecica, para acabar con el bailoteo en el Casino o en la plaza, y con la función de pólvora cuando cierra la noche... Corpus de pueblo, Corpus de los humildes que derrochan el tesoro de su alegría. Mientras él subsista, seguirá en triunfo uno de los tres Jueves del año «que relumbran más que el sol.»

F. SERRANO ANGUIA

(Cronista oficial de la villa de Madrid.)



MADRID DE UN LADO A OTRO

Monumento a la Reina Isabel la Católica, la gran creadora de la Unidad española.



MUJERES CON ESTATUA

En el Monumento al tribuno y político Castelar, las tres figuras femeninas que representan la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad.

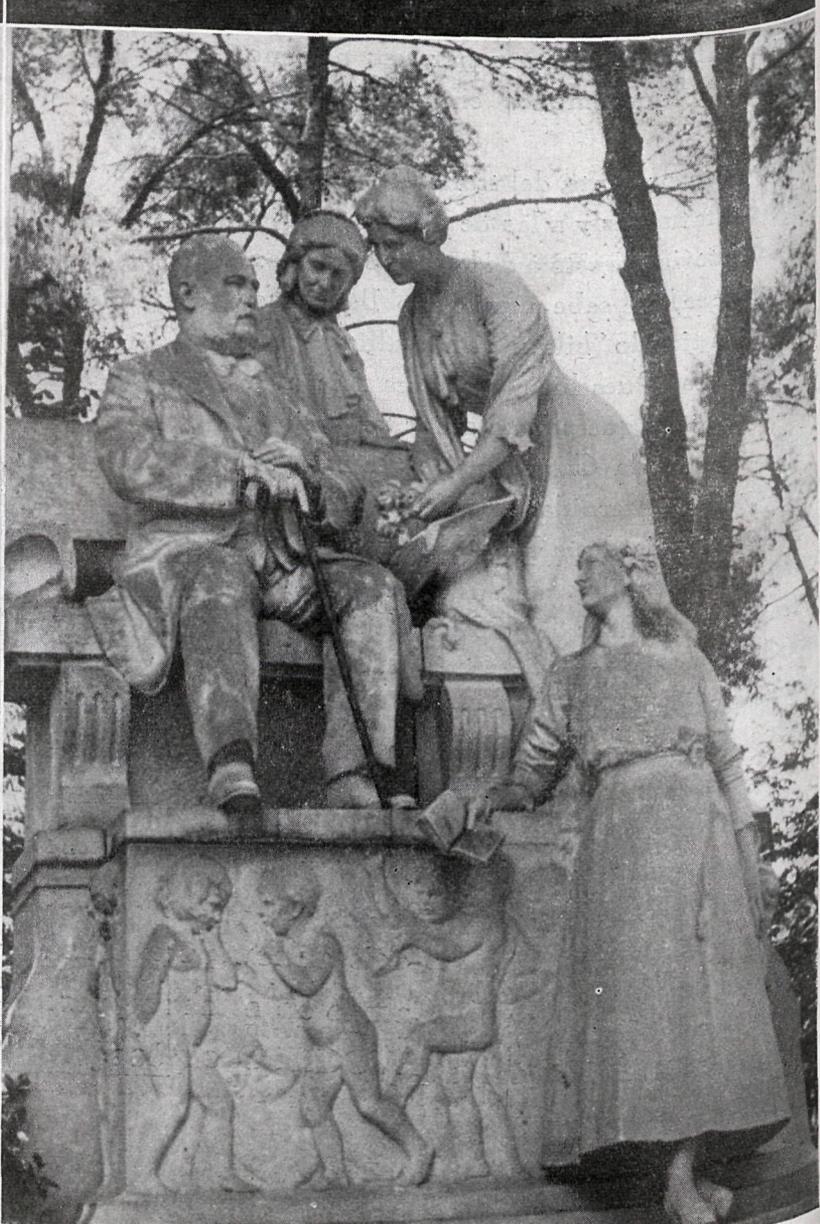
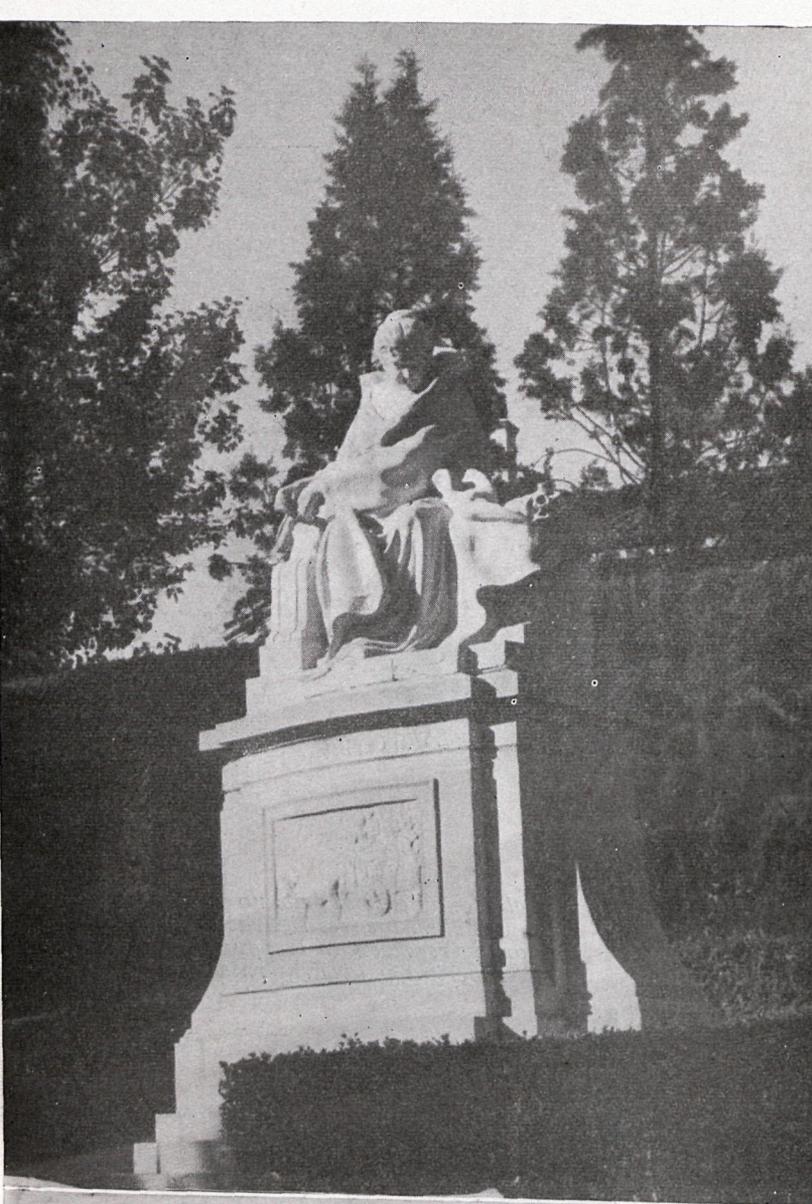


NO son muchas las damas, las damiselas es la verdad, que tienen en Madrid estatua. Muchas más son, eso sí que es cierto, las que realmente estatuas parecen; pero no entremos en lo que puede llamarse zona de piropeo y quedémonos entre la historia y la anécdota.

Excursión de un barrio a otro y de un po lejano a un presente, del trono al escenario; excursión de un lado al otro con paradas y ver a las estatuadas y a las de aire estatuario. Algunas de aquéllas tienen un nombre, que está en la Historia, de esto o de lo otro; se llaman o Isabel II o Loreto Prado; las otras, añadiendo estatua, no sabe uno cómo llamarlas. ¿Cómo llamar a esas tres chicas que sin ropaje sea un tímido "bikini", están allí día tras día, a la lluvia y al sol, la nieve y los 45 grados de temperatura. Pues bien, esas tres chicas, la verdad, es que no tienen estatua por ellas mismas, en nada menos que por un señor tan serio y poco amigo de galanteos como don Emilio Castelar. Allí, en la Castellana, están las tres muchachas que resultan ser la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad; por ellas y por la Verdad, también con casquivano ropaje, se pegan desde los estudiantes a los soldados; se pegan por subir a verlas y a la vez escuchar el verborruego de don Emilio.

Unas sin nada que ponerse y otras con un traje que, si no es de percal, es de volantes, lo cual si es bonito para ir la feria de Sevilla la verdad es que es molesto, duro, para una viudita de buen ver como "Pepita Jiménez" que en la escalerilla de la Fuente de Don Juan Valera, cabe a Recoletos, ve pasar los días, lentos e iguales; los días que ya no van a traerle a su Don Luis, enloquecido de amor por sus hechuras. Unas hechuras que, la verdad sea dicha con todos los respetos, el señor no llevó al mármol como es debido.

Jaranera y señora, guapa e inteligente, el señor Majestad de Isabel II, que nació en el cincel de José de Piquer con dineros del Conde General de la Cruzada. Setenta y cuatro mil reales de vellón valió la estatua y sus andaduras y la verja de hierro y otras cosas más. Todo se fué por la posta de la barbarie una noche triste de un abril que se abría a la tragedia. Pero Isabel II, señorona y castiza, volvió a su casa; allí está cada día, sin mirar a los que pronto saldrán del Real; mirando, en cambio, y con envidia, a las parejitas que van al



Real Cinema. Allí está con torre y árbol por fondo y en la mano un rollo de papeles con aire de Constitución.

Poemas campoamorinos y rosas frescas, aunque sean de piedramármol en el Retiro. «Las hijas de las madres que amé tanto...» están ahí dando corte y escolta a Ramón de Campoamor y Campoosorio, el poeta con versos que tenían rima y alma, dos cosas que los versos tienen que tener, como primera providencia. Entre rosas de verdad y los libros de verdad de la biblioteca de sus «Doloras», que se abren cerca, están estas mujercitas, cuyos nombres a él le dicen tanto, y al paseante entrado en años que pasa por allí, también se lo dicen.

No sabemos, y para qué saberlo lo que valió la estatua de don Ramón y sus muchachas, no sabemos qué tarde del otoño se inauguró; lo único que sabemos, eso sí, es que es un poema de piedra a unas chicas con corazón alegre y sentimental, que es lo bueno.

Las estatuas madrileñas y, en particular, las de los varones, han sido muy danzarinas; ahora bien, en esto, como en todo, hay excepciones que confirman la regla. Estatuas que fueron de un lado a otro hasta llegar a los almacenes, las hay; en cambio, ni una sola vez se movió de su sitio la de la Reina Gobernadora, doña María Cristina de Borbón, que creó Benlliure, y a la que dan testimonio de su admiración sobre la piedra las cosas buenas que llevó a cabo, y que van de un Decreto de Amnistía y el Convenio de Vergara al Conservatorio de Música.

Reina con fondo de Museo, adonde le llegan las parletas académicas de los jueves y jardín infantil, donde le llegan las parletas de los niños a Loreto Prado, la buena cómica. Buena cómica con estatua humilde en el castizo Chamberí, donde se encuentran los objetos perdidos y el Rácíng Club de Fútbol, tiene una lápida a los que defendieron la tierra española, amén de jugar al fútbol.

Bárbara de Braganza tiene su estatua entre aires judiciales, y doña Isabel la Católica, siempre a caballo, llevado de la brida de Gonzalo de Córdoba. Un viaje que no termina nunca, un viaje hacia la ciudad que, por otra parte, más parece venir hacia ella entre humaredas de autobuses. La Reina con coronas secas a los pies y, lejos de ella, en un barrio entre castizales y residencial, la Condesa de Pardo Bazán, señora de las Letras y gran señora en la vida.

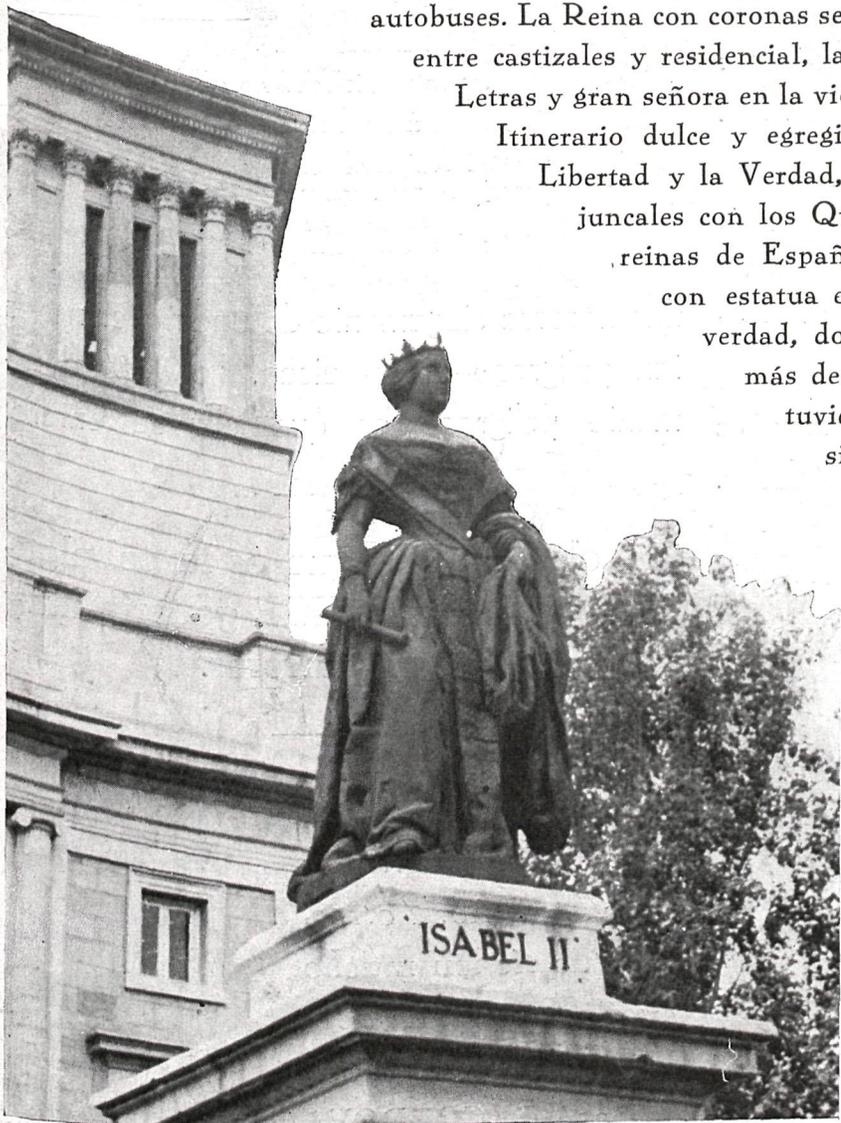
Itinerario dulce y egregio éste, en que hay chicas que son la Libertad y la Verdad, mocitas románticas con Campoamor, y juncales con los Quintero; viuditas ricas y de buen ver, y reinas de España. Estupendo itinerario de las mujeres con estatua en los Madriles; un itinerario, esa es la verdad, donde faltan muchas, muchas que, además de tener tipo para ser estatuadas, también tuvieron fama y valor, nobleza y bondades sin cuento.

JUAN SAMPELAYO

En el monumento a Isabel II se nos presenta a esta Reina, guapa, y con donosura.

En la página de enfrente:

- 1.º Monumento a la Pardo Bazán, señora de las Letras.
- 2.º En el monumento a Valera, la estatua dedicada a «Pepita Jiménez», feliz creación femenina del ilustre escritor.
- 3.º La Reina Gobernadora, doña Cristina de Borbón, obra de Benlliure.
- 4.º Campoamor, con «Las hijas de las madres que amé tanto...»





PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVIA

La elocuencia se nutre, a menudo, de verdad. Pero, ¿qué sería de la verdad si no la defendiese la elocuencia?

Cuando ya no podemos lisonjearlas por su belleza, es cuando empezamos a descubrir que poseen cualidades morales.

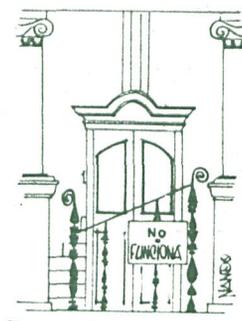
La salud conservada a fuerza de continuas privaciones es la peor de las enfermedades.

La Retórica es el maquillaje de las frases corrientes para que pierdan su vulgaridad.



DISTRACCIÓN es el trabajo gratuito que realizamos con gusto. **DEBER**, el trabajo remunerado que hacemos de mala gana.

A un cajón sometido a los movimientos de rotación y traslación se le denomina baúl; si al de traslación solamente, taxi; si permanece en eterno reposo, ascensor.



Algunas actrices son como los discos: hablan y hablan, sin cesar de dar vueltas.

La moda la crean los pillos, la siguen los imbéciles y la pagan los inteligentes

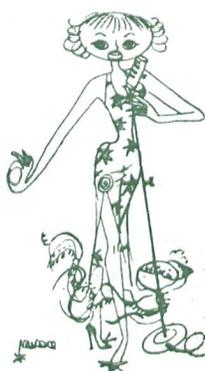
Las naciones se odian y luego se declaran la guerra. Los enamorados se declaran, y después es cuando se odian.

Enamorarse ciegamente de una mujer no es tan peligroso como dicen. Lo verdaderamente peligroso es que ella se entere.

El secreto de los grandes estafadores es aparentar que van a ser ellos los estafados.

Sin el **MÉRITO**, que es la cabalgadura, el jinete **SUERTE** ganaría muy pocas carreras.

Toda interviniendo en el fondo, viene a ser un reclamo de ida y vuelta.



Los gobernantes que necesitan dictadura para desarrollar su programa y los cantantes que precisan micrófono para ser oídos gozan de menguada vida pública.

A veces, los que tienen cama se aburren por falta de sueño. Y otras, los que tienen mucho sueño no pueden dormir por falta de cama.

José de CORDOVA

